

ARQUEOLOGÍA Y PENSAMIENTO
LOCAL EN LÍPEZ (POTOSÍ, BOLIVIA).
«HISTORIAS DE RUINAS» Y GESTIÓN INTEGRAL DEL
PATRIMONIO CULTURAL EN LA MODERNIDAD

Francisco M. Gil García¹

¹ Fundación Ramón Areces. Becario de investigación en el Departamento de Historia de América II (Antropología de América), Universidad Complutense de Madrid, Calle Seseña 87, 1.º B. 28024. Madrid, España. Teléfono: (34) 915-186-395. Correo electrónico: <tachiyoc@hotmail.com>. Desde aquí quisiera expresar mi agradecimiento al doctor Axel Nielsen y al equipo del Proyecto Arqueológico «Altiplano Sur» por su amistad y confianza, y por sus años de labor en el establecimiento y mantenimiento de unas relaciones sociales y personales con las gentes de Santiago K y Santiago Chuvica, desde las que se facilitó enormemente mi trabajo de campo. Por otra parte, esta investigación no podría haberse realizado sin la inestimable colaboración de mi compadre Justino Calcina Lupa y su familia, así como la de Jorge Condori Suna, Erasmo Condori Ticona, Wilson Condori Vilca, Héctor Saturnino Lupa (todos ellos de la comunidad de Santiago K), Bernardino Quispe (de Santiago Chuvica), y la de tantos otros que me brindaron su paciencia, su colaboración y, sobre todo, su amistad. Agradezco también a don Juvenal Choque, director del núcleo educativo Miguel Cuzco, en Santiago K, así como a todo su cuadro docente, por las atenciones y el tiempo dedicados a mis talleres con los alumnos. Por último, a Juan José Batalla Rosado y María Carrillo Turdidor, por su aporte en el tratamiento digital de las figuras que acompañan a este texto.

RESUMEN

En tanto que nexo entre pasado y presente, las ruinas juegan para los grupos humanos un papel activo en la representación de la realidad, con lo que queda su percepción racionalizada desde un triple conflicto psicosocial de identidad cultural, ubicación espacial y continuidad temporal. Partiendo de esta premisa, en el presente trabajo se aborda la incidencia del turismo en la revalorización del patrimonio entre las comunidades rurales del altiplano de Lipez (departamento de Potosí, Bolivia). Tomando como caso de estudio las comunidades de Santiago K y Santiago Chuvica, así como el yacimiento arqueológico de Lakaya, se analiza la relación patrimonio-turismo desde un punto de vista local, con incidencia en esa lectura *emic* del concepto de progreso que, a partir de la ecuación turismo = desarrollo económico, ve en el pasado un potencial bien de consumo cultural que se puede explotar. Considerando distintas miradas sobre unas ruinas sentidas como propias por las comunidades, se trata de penetrar la lógica que guía su transformación en producto turístico-patrimonial, en la cual confluyen puntos de vista psicosociales, de identidad, estéticos, míticos, estratégicos y espaciales.

Palabras clave: consumo cultural, continuidad temporal, desarrollo económico, emic, identidad cultural, Lakaya, Lipez, patrimonio, progreso, representación de la realidad, revalorización del patrimonio, ruinas, turismo, ubicación espacial.

ABSTRACT

As a link between past and present, ruins play for human groups an active role in their reality representation, leaving their perceptions rationalized under a triple psychosocial conflict of cultural identity, spatial ubiquity and temporal continuity. From this proposal, we broach in this paper the tourism incidence on heritage revalorization among Lipez Highland rural communities (Department of Potosí, Bolivia). Taking the communities of Santiago K and Santiago Chuvica and the Lakaya archaeological site as study case, we analyze heritage-tourism relationship from a local point of view,

falling into the *emic* lecture of the progress concept that sees in the past a potential cultural consumer good to be exploited from tourism = economical development equation. Considering different glances on ruins that are perceived by communities as of their own, we try to grasp the logic that guide its transformation in a tourist-heritage product, where aesthetic, identity, mythic, psychosocial, spatial, and strategic points of view come together.

Keywords: cultural consumer good, cultural identity, economical development, *emic*, heritage, heritage revalorization, Lakaya, LÍpez, progress, reality representation, ruins, spatial ubiquity, temporal continuity, tourism.

INTRODUCCIÓN

No cabe duda de que vivimos en un mundo globalizado, caracterizado entre otras cosas por la espectacularización —cuando no ficcionalización— de la realidad y por la masificación del turismo. No cabe duda, tampoco, de que asistimos hoy a una fiebre en el consumo del pasado mediante el patrimonio.² Como consecuencia se ha producido un cambio cualitativo y cuantitativo en el valor y uso de las ruinas y vestigios de los tiempos pretéritos, un proceso activado desde la lógica del espectáculo, del ocio y del consumo. Dentro de esta posmodernidad sin reglas que favorece la producción de imágenes, representaciones y símbolos, el (re)descubrimiento, la revalorización o incluso la invención de pasados y patrimonios nos salpica por doquier. Ahora bien, ¿qué es el patrimonio?, ¿a partir de qué principios se constituye?, ¿cómo y por qué se activa?, ¿de qué manera es manejado?

En las páginas que siguen no pretendemos teorizar sobre estos aspectos (cf. Ballart 1997; Ballart y otros 1996; Prats 1997), por lo que antes de seguir adelante quisiera incidir en el hecho de que, en tanto que construcción social que alude a una visión del mundo y a un *ethos* determinados, el patrimonio constituye un conjunto de referentes escogidos al servicio de un discurso, cuyo valor y uso va a depender de la importancia relativa que se les otorgue dentro de un conjunto de relaciones contextuales. Desde estos parámetros, la búsqueda del nexo histórico —lo tradicional, lo auténtico— va a constituirse pieza clave de las relaciones patrimonio-turismo.

Por medio de eso que M. Augé (1998 [1997]: 16) define como «caleidoscopio ilusorio del turismo», cualquier comunidad, grande o pequeña, en cualquier parte del mundo, se afana en exhibir y potenciar su patrimonio, y opta en mayor o menor medida por el turismo como estrategia de desarrollo económico. Si este mismo autor considera que las ruinas representan «la huella del pasado y los estigmas de la derrota» (Augé 2003: 27), C. Bromberger (1996: 21. En Prats 1997: 85) plantea la idea de que la mayoría de las actuales activaciones patrimoniales locales surgen como una especie de «musealización de la frustración», lo que da lugar a una variada casuística de actuaciones que persiguen la reconstrucción de una identidad, una alternativa al desarrollo económico, o ambas cosas a la vez. Así, castillos, templos, ruinas arqueológicas, escenarios históricos, museos locales, vestigios del pasado en general, se convierten

² Habitualmente a este concepto de patrimonio suelen añadirse calificativos del tipo de *histórico*, *histórico-artístico*, *monumental*, *arqueológico*, *cultural*, *etnográfico*, *intangibles/inmaterial*, *intelectual*, *natural*, etc. Sin obviar las evidentes diferencias de forma que presentan los distintos bienes patrimoniales, lo cierto es que la raíz de esta adjetivación cualitativa radicó desde los primeros momentos en las políticas de gestión, catalogación o actuación sobre estos, así como en las ideologías indigenistas y los movimientos de reivindicación étnica. Para no complicarnos con terminologías, en este trabajo hablaré de *patrimonio* (a secas) como aquel legado de manifestaciones culturales (en sentido extenso) que una comunidad posee, y que con el paso del tiempo llega a conformar un conjunto que termina por identificar como propio y transmite de generación en generación.

en reclamos turísticos por excelencia: por medio de las ruinas de un tiempo perdido se busca una aproximación lúdica a ese pasado tan distinto y distante de nuestro presente. De manera simultánea, esta activación patrimonial sirve a la búsqueda, reconstrucción o (re)invención de las identidades, y a los intentos por lograr una cohesión comunitaria por medio de la identificación con dicho patrimonio y los beneficios derivados de su explotación.

Llegados a este punto, el análisis de las relaciones patrimonio-turismo puede tomar dos derroteros bastante diferentes, si bien ambos confluyen en un punto central para las políticas tanto de gestión del patrimonio como de promoción turística: cómo convertir el patrimonio en atracción turística. Desde un punto de vista técnico esto es algo que se puede resumir de acuerdo con unas cuantas generalidades: a veces basta con mitificarlo o con construir un metarrelato alrededor de él; otras, con enfatizar sus singularidades/alteridades, o bien con mostrarlo triunfante, convertirlo en espectáculo o en fantasía; a veces hay que generar en torno a los bienes patrimoniales una experiencia participativa, divertida y entretenida (para una visión más detallada cf. Augé 1998 [1997]; McKercher y Cros 2002, especialmente p. 122 y ss.).

A partir de aquí, la tendencia general dentro de la investigación del fenómeno turístico ha sido la de centrarse en lo que viene llamándose *ideología del turismo* o *mitos del turismo*. A partir de las premisas fundamentales que vengo exponiendo, se ha visto en la producción de bienes de consumo turístico-patrimoniales la panacea del desarrollo y el progreso, y más aún desde 1967, declarado Año Internacional del Turismo, en el que la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) ensalzara el potencial de crecimiento casi ilimitado de la industria turística, y el Banco Mundial y Naciones Unidas la promovieran como la estrategia económica central para los países en vías de desarrollo. A pesar de los mitos y la propaganda, a mediados de la década de los setenta se empezaron a denunciar las lacras del crecimiento turístico descontrolado (cf. Crick 1992; Smith 1992 [1989]; Jurado 1992; Kandt 1991 [1978]; Santana 1997; Turner y Ash 1991 [1975]; Valcuende 2003). Sin embargo, esa vorágine puesta en marcha no ha hecho sino potenciarse, y sus consecuencias, ramificarse cada vez más en los ámbitos social, económico, cultural y ecológico. Sobre estos aspectos se centran las ciencias sociales en su análisis del turismo, aunque generalmente lo hacen a partir de estudios de impacto desarrollados desde una perspectiva *etic* y no pocas veces etnocéntrica y clasista, negando la voz a las partes implicadas, tanto las poblaciones anfitrionas como los propios turistas.

Son frecuentes los trabajos centrados en las consecuencias del establecimiento de la industria hotelera sobre la economía local de una región, o en las repercusiones de ese llamado turismo ecológico o de aventura sobre los ecosistemas de tal área de valor medioambiental. No obstante, puede criticárseles un enfoque a posteriori. Sin embargo, estas páginas arrancan de una premisa distinta: considerar la ecuación turismo = desarrollo económico desde una perspectiva local en un momento previo a que la localidad ingrese de pleno en el sistema turístico. Dicho de otro modo, en este trabajo abordaré la persecución del mito del turismo por parte de dos comunidades del altiplano de

Lípez (departamento de Potosí, Bolivia) prestando especial atención a cómo interpreta el pensamiento local la relación patrimonio-turismo y al valor que se asigna a las ruinas arqueológicas en tanto bien de consumo cultural que puede ser aprovechado turísticamente para el progreso de estas mismas comunidades.

El estudio que a continuación desarrollamos se centra en las comunidades de Santiago K y Santiago Chuvica (Cantón Santiago, provincia de Nor Lípez)³ —unos siete u ocho kilómetros distantes entres sí—, y en las ruinas arqueológicas de Lakaya, a medio camino entre ambas, de las que las primeras se erigen como custodias y gestoras.

Cuando en agosto de 2001 empezamos a trabajar en la comunidad de Santiago, nuestros intereses etnográficos y etnoarqueológicos se centraban en las diferentes lecturas que el pensamiento local hace de las ruinas arqueológicas: la representación del pasado y sus habitantes a partir de la interpretación *emic* de los vestigios arqueológicos, considerando los mitos, metáforas, miedos y anhelos que sobre estos son proyectados (Gil 2002a; 2002b; 2003). Sin embargo, pronto descubriríamos que la dimensión social de las piedras de Lakaya no quedaba anclada en una temporalidad pasado-presente, sino que se proyecta con fuerza hacia el futuro, con lo que daba lugar a un complejo proceso de transformación psicosocial, de identidad, estética, mítica, estratégica y espacial: en los últimos años el yacimiento arqueológico había dejado de contemplarse como el mero escenario de una tradición oral sobre el *tiempo de los chullpas*, de los antiguos, y participaba de manera activa en las expectativas de desarrollo de la comunidad. Con la sombra de los mitos del turismo planeando sobre la región, estas ruinas se habían convertido en emblema de una utopía de progreso, en bandera de un proyecto de construcción del presente a partir de ese consumo del pasado. Este era un hecho social de demasiada trascendencia como para no prestarle atención, aunque en principio no hubiera sido contemplado en el diseño de la investigación.⁴ Por este motivo, al derivarse de un análisis planteado ad hoc, este estudio inclina la balanza del lado de la comunidad de Santiago, en la que ya se venía trabajando. Sin

³ Pudiera pensar algún lector que —siguiendo una práctica frecuente en algunas etnografías— se está enmascarando aquí el nombre de la comunidad de Santiago K, cuando en realidad se trata de este. La letra *K* corresponde a una antigua demarcación cantonal hoy en desuso, aunque mantenida todavía en algunos topónimos como parte incorporada a estos. Para facilitar la lectura y evitar confusión entre ambas, en lo sucesivo me referiré a estas dos comunidades con los nombres de Santiago y de Chuvica, respectivamente.

⁴ Los trabajos etnográficos de campo de los que se deriva el presente estudio se desarrollaron en el marco de los proyectos de investigación «Arqueología y pensamiento local en Lípez (Dpto. de Potosí, Bolivia). I. “Historias de ruinas” y gestión integral del Patrimonio Arqueológico en la modernidad» (agosto-septiembre de 2001) y «Arqueología y pensamiento local en Lípez (Dpto. Potosí, Bolivia). II. Arqueólogos y comunidades rurales en la gestión del Patrimonio» (septiembre de 2002). Ambos proyectos fueron promocionados institucionalmente por la Dirección de Asuntos Culturales de la Embajada de Bolivia en España y aprobados por la Unidad Nacional de Arqueología (UNAR) de Bolivia. Desde aquí, mi sincero agradecimiento a doña María Teresa Rivera, consejera de cultura de la embajada, por las atenciones y el apoyo siempre dispensados.

embargo, estamos plenamente consciente de que metodológicamente —e, incluso, éticamente— un verdadero estudio de impacto turístico debiera haber contemplado también la voz de las vecinas gentes de Chuvica.

A partir de distintos impulsos, Santiago y Chuvica han ido aprendiendo a valorar y a sentir como propias estas ruinas de Lakaya, a las que, tal vez por comparación con sus vecinos de la comunidad de San Juan, donde funcionan varios alojamientos turísticos, han ligado férreamente sus esperanzas de desarrollo económico. Como consecuencia de una falta de infraestructuras y de *atractivos de mercado interés turístico* (explicaremos más adelante este concepto), quedaron desde el principio excluidas de los circuitos turísticos que atraviesan el Salar de Uyuni con destino a la Reserva Nacional Eduardo Avaroa y a San Pedro de Atacama, que anualmente mueven miles de turistas extranjeros. Sin embargo, ambas comunidades enarbolan hoy el interés y el atractivo de «sus ruinas», y tratan de ganarse un hueco en los procesos regionales de activación económica.

En este sentido, estas páginas no aspiran a desarrollar un detallado análisis del impacto del fenómeno del turismo en el Salar de Uyuni y en el Altiplano de Lípez a partir del estudio de caso del sitio arqueológico de Lakaya, sino más bien reflexionar sobre las representaciones que de los mitos del turismo se forma el imaginario colectivo de una comunidad que viene tratando de ingresar en el sistema turístico regional. A este tipo de análisis etnográfico se añadirá nuestra propia experiencia como turista en el sector septentrional del Salar (agosto de 2001), que sin duda proporcionó un crisol desde el cual observar más atentamente la lógica de este proceso de creación en algunas de sus vertientes.

1. ATRAVESANDO EL SALAR DE UYUNI Y EL ALTIPLANO DE LÍPEZ. REFLEXIONES SOBRE EL FENÓMENO DEL TURISMO Y APUNTES DE VIAJE

Anteriormente señalamos la diversidad de etiquetas que suelen añadirse al concepto de patrimonio, lo mismo ocurre con el turismo. La publicidad de las agencias de viajes no deja de tentarnos con opciones de turismo cultural, vacaciones de sol y playa, turismo de aventura, viajes organizados, turismo alternativo, escapadas de fin de semana, safaris, turismo étnico, turismo religioso o de lo sagrado (peregrinaciones), turismo sexual;⁵ en función de esto los especialistas elaboran distintas categorías de turistas. En cualquier caso, como apunta M. Crick (1992: 385), el turismo es la única industria de exportación en la que son los propios clientes quienes se desplazan para recoger el producto, de tal manera que es la industria del turismo la que debe encargarse

⁵ Es precisamente revisando un concepto concreto de turismo —el «turismo alternativo»— como D. G. Pearce (1994) establece cincuenta categorías distintas de «turismo», con lo que pone de manifiesto la complejidad de la actividad turística y sus múltiples facetas. Para ello se fija en siete variables: contexto, instalaciones, localización, promotores/propietarios, proceso de desarrollo, mercado y promoción, e impactos. A sus páginas remito al lector interesado en estas cuestiones.

de generar sus propios atractivos, construyendo narrativas y lugares de consumo turístico. Esta es la piedra angular de la diversidad de opciones turísticas. Según A. Santana (1997: 30), la sociedad moderna aboca a los individuos a llevar una existencia artificial y alienada, y a sentir falta de autenticidad en sus vidas; una autenticidad que las empresas del ocio y la cultura comercializan por medio del turismo. De ahí que la industria turística se esfuerce por conseguir un producto semejante en grado máximo al anunciado, para lo cual no duda en recurrir al hiperrealismo, la fantasía, la imitación o la invención, y construye escenarios y paisajes mágicos; estos, tomados por auténticos, pervivirán en la memoria del turista, y le acompañarán de vuelta a casa materializados en fotografías (instantáneas robadas a un tiempo irrepetible) y *souvenirs* (testigo material de lo vivido) (cf. Augé 1998 [1997] para una etnografía del turismo y sus imágenes). En este sentido, la autenticidad se convertirá en pieza clave del turismo, cuyas imágenes, en términos generales, son producidas y organizadas en torno a las ideas de lo exótico, lo grandioso, lo tradicional y lo virgen o salvaje, esto último de manera especialmente significativa cuando la oferta se refiere a espacios naturales.

Centrándonos en la relación patrimonio-turismo, la industria del turismo puede vender naturaleza y cultura como principal recurso, utilizarlo como reclamo, ignorarlo o considerarlo mero escenario para otras actividades generalmente estereotipadas (Prats 1997: 44 y ss.). En este sentido, el patrimonio se integrará al sistema turístico de acuerdo con tres categorías. En primer lugar, como un producto turístico per se, capaz de constituir, junto con otros servicios, un bien de consumo autónomo (por ejemplo, las pirámides de Egipto, los castillos del Loira, los parques y reservas nacionales). Como segunda opción, asociado a un producto turístico integrado (*paquete turístico*) dentro de viajes organizados que lo combinan con otros atractivos lúdicos y/o culturales (por ejemplo, Cancún y la Ruta Maya). Por último, como un valor añadido a destinos turísticos que, sin tenerlo entre sus principales reclamos, lo aprovechan para completar su oferta de un turismo «de calidad» (Prats 1997: 42-43).

En el caso concreto del Salar de Uyuni, no cabe duda de que la oferta turística recurre, en primera instancia, a los atractivos naturales del propio Salar y de la Reserva Nacional Eduardo Avaroa más al sur, productos turísticos per se según lo recién indicado (véase figura 1). Sin embargo, y a fin de completar ese mencionado paquete turístico de calidad, los más de veinte operadores de turismo y más de cuarenta agencias que actualmente actúan en la zona añaden a la grandeza y belleza de la naturaleza salvaje lo étnico y lo cultural, con lo que humanizan los paisajes a partir de los *modos de vida tradicional* de las comunidades que habitan en las márgenes del Salar, así como de las ruinas arqueológicas, testigos de otros tiempos.

Para tratar de entender la lógica de este *sistema turístico*⁶ seguidamente describiremos, a grandes rasgos, los itinerarios ofrecidos por las agencias cuyos servicios pueden

⁶ Utilizo aquí la expresión *sistema turístico* de acuerdo con la definición dada por A. Santana, según la cual este responde al «modelo conceptual del proceso formado por un conjunto de elementos

contratarse en cualquiera de las muchas oficinas repartidas por La Paz, Potosí, Oruro, Sucre, Villazón, así como en la frontera boliviano-argentina y en Uyuni, población que actúa como campo base de estos circuitos y que se ha especializado en el turismo. Se trata de un turismo *de mochila* y de un turista que responde a los tópicos de ese FIT (*free independent traveller*) en busca de emociones, paisajes y relativo acercamiento a la población anfitriona. Volveré puntualmente sobre esta caracterización al considerar la incidencia del turismo en las comunidades desde el punto de vista de la producción de infraestructuras.

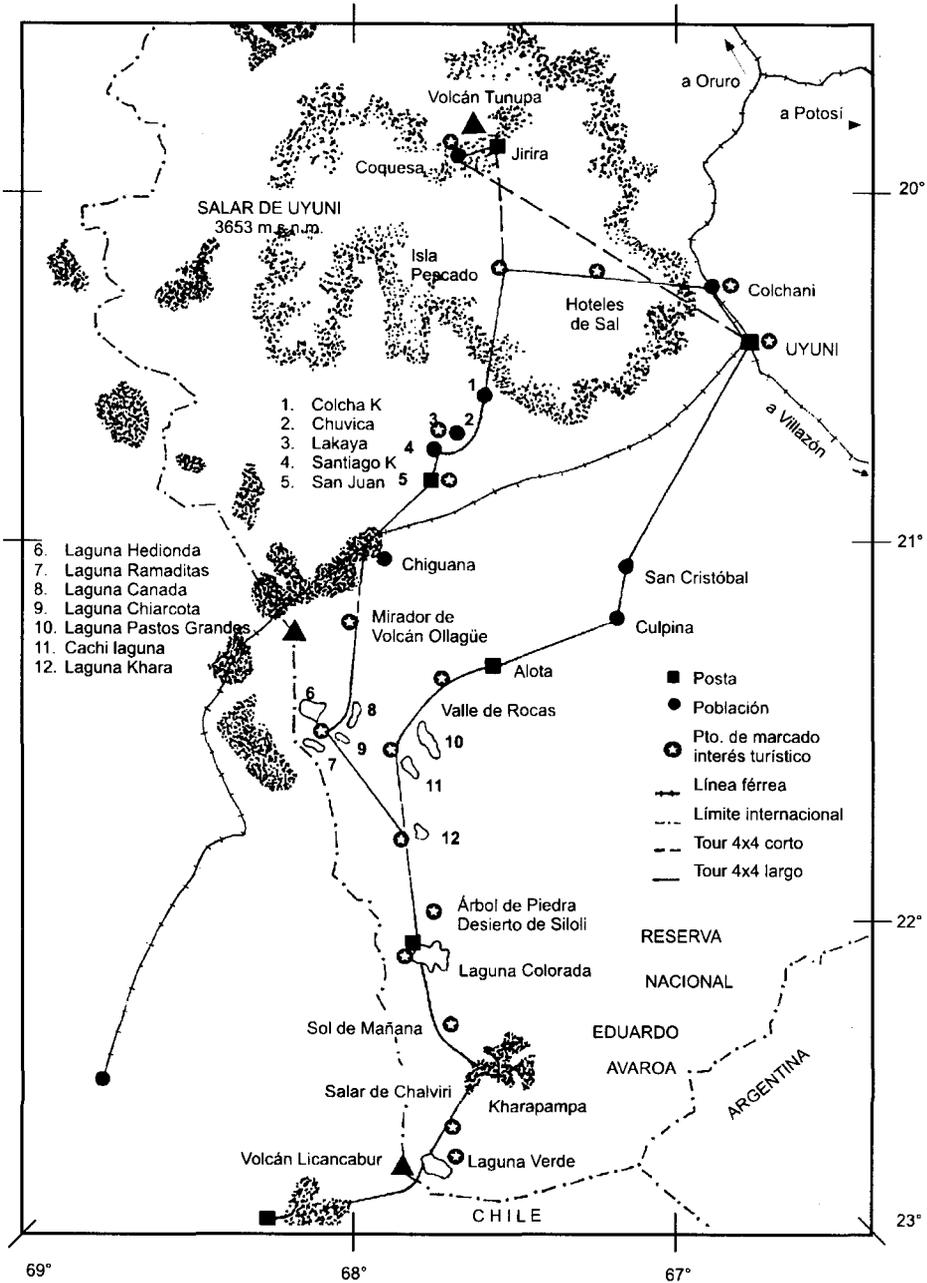
Saliendo de Uyuni a la mañana, temprano, en dirección noroeste, los vehículos de turistas arriban a Colchani, comunidad que se precia ser la única dedicada permanentemente a la extracción, beneficio, envasado y comercialización de sal de toda la región del Salar de Uyuni. A partir de aquí, penetran en el Salar, cegados por una blancura que todo lo invade, los hoteles de Sal —construidos enteramente de este material— y la Isla del Pescado, así llamada por su forma. Estos son los dos únicos *puntos de mercado interés turístico* que ofrece este mar de sal de aproximadamente 12 mil kilómetros cuadrados, estratos de seis metros de potencia media y 64 mil millones de toneladas de sal como volumen estimado.

¿Qué entendemos por *punto de mercado interés turístico*? Hemos dicho que el patrimonio constituye una materia prima que es modelada en función de los discursos, y que estos disponen los bienes patrimoniales sobre un escenario recreado o inventado. En este sentido, también hemos apuntado que el turismo necesita generar sus propias imágenes con el objetivo de vender un producto, y que cuando estas no existen se recurre a su invención, de la que participan diversos juegos de percepción, experimentación, emoción y sensación, y con lo que se buscan resultados de efecto que satisfagan las expectativas del turista. Así, una vez seleccionada la imagen es necesario detener el espacio-tiempo y definir —incluso retocar— los elementos más representativos de su propia realidad; es necesario fijar la imagen y el espacio-tiempo construidos para hacer que el producto creado sea identificable y reconocible en el exterior, para singularizarlo.

En el caso del patrimonio natural, esto nos lleva a hablar de paisajes, sin olvidar que para contemplar un paisaje previamente hay que componerlo, lo cual nos aleja de un fenómeno natural per se para situarnos sobre el resultado de un ejercicio de racionalidad sociocultural basado en la percepción y en la representación. Volviendo al caso que nos ocupa, es evidente que esa industria del turismo productora de imágenes necesita transformar la monocromía del Salar y la aparente monotonía de las ásperas punas de Lípez en estampas singulares que se hagan merecedoras de la instantánea robada por la cámara del turista: una silueta tenebrosa en medio del Salar, que a

ordenados según sus funciones y, hasta cierto punto, localización espacial, que se enlaza racionalmente entre sí por medio de los principios o reglas de mercado (oferta, demanda y regulación), manteniendo a su vez relaciones de intercambio con otros sistemas de diferente rango» (Santana 1997: 53; cf. pp. 53-114 para un desarrollo completo de este enunciado).

Figura 1. Circuitos turísticos en el Salar de Uyuni y altiplano de Lipez.



medida que nos acercamos a ella se convierte en un pescado de cuyo lomo brota un bosque de cactus: Isla del Pescado; el perfil de un gigante volcánico que asoma entre las nubes exhibiendo orgulloso su nívea calva; lagunas inertes cuyas aguas, asustadas por el rugir de motores, se alzan al cielo convertidas en bandadas de flamencos; espectros de piedra dormidos sobre un paisaje lunar: el Valle de las Rocas o Rocas de Salvador Dalí; la desolación de un árbol que el gélido aliento de la puna dejó petrificado en medio del páramo: Árbol de Piedra; una laguna teñida de sangrientos óxidos: Laguna Colorada; una herida termal por donde los vapores del centro de la Tierra protagonizan escapadas de hasta cincuenta metros: Geiser Sol de Mañana; un espejo mágico que todo lo tiñe de talofita esmeralda: Laguna Verde. De esta manera poética podríamos nombrar las imágenes del Salar de Uyuni y del Altiplano de Lípez, sus paisajes escogidos, sus encantos singulares, parada y fotografía obligada de miles de turistas de todo el mundo; a estas paradas, dependiendo del factor suerte, podrán añadir amaneceres y puestas de sol, tormentas de sal o arena, fauna salvaje cruzándose en su camino.

Volvamos al recorrido. En la Isla del Pescado la oferta turística se bifurca: hacia el norte, el circuito de dos días; hacia el sur —atravesando el Salar para ingresar en el Altiplano de Lípez— el circuito de cuatro días. Si la opción elegida es la del circuito corto, el turista llegará al atardecer a la población de Jirira, donde pasará la noche en un albergue. A la mañana siguiente, bordeando la orilla del Salar, los vehículos se encaminan hacia Coquesa, vigilados en todo momento por el hoy extinto volcán Tunupa; allí, previo pago de unas monedas, verán la iglesia y emprenderán una ascensión hasta la cueva de *los chullpas*⁷ y un mirador desde donde poder contemplar la cima del volcán. Desde aquí, volviendo por Jirira, se emprende el camino de regreso hacia Uyuni.

Por otra parte, desde la Isla del Pescado el circuito de cuatro días emprende rumbo al sur para salir del Salar de Uyuni por la Península de Colcha K. Siguiendo parcialmente el trazado de las movilidades que semanalmente conectan Uyuni con distintas comunidades se llega a San Juan, población que cuenta con diferentes servicios preparados para el turista: hospedaje, teléfono, un disco-bar (a mediados de 2002, en avanzado estado de construcción), un pequeño museo etnográfico y arqueológico cerrado, y peculiares formaciones geológicas de origen volcánico acompañadas de

⁷ Esta *cueva de los chullpas* es, quizá, el atractivo principal que la comunidad de Coquesa vende a los turistas. En ella, aprovechando un saliente rocoso, se ha construido una gruta semiartificial en la que se han reunido bajo llave varios cuerpos momificados procedentes de distintos enterramientos de los alrededores. Esta es la versión oficial dada por las autoridades de la comunidad: que a partir de esta gestión se rescataron estos chullpas (ancestros) de lo que entonces fue considerado un saqueo arqueológico. La tradición oral, por el contrario, resulta mucho más romántica: esta cueva constituye el último refugio de los miembros de una familia de chullpas que, en su huida desesperada de las huestes españolas, se refugió en la gruta, donde murieron de hambre y de pena (relato recogido en la vecina Jirira, en agosto de 2001).

unas ruinas arqueológicas en sus proximidades. Desde aquí, la segunda etapa del viaje, tras atravesar el Salar de Chiguana, corre paralela al cordón volcánico de la Cordillera Occidental. Cruzando los páramos puneños y dejando atrás distintas lagunas salobres, el recorrido se interna en la Reserva Nacional Eduardo Avaroa (definida al Norte por el paralelo 22°) hasta Laguna Colorada, donde un precario albergue particular y otro del Servicio de Guardaparques de la Reserva dan la bienvenida al turista. Al tercer día la ruta continúa hacia Laguna Verde, desde donde algunas agencias ofrecen la posibilidad de continuar viaje hasta San Pedro de Atacama, al otro lado de la frontera boliviano-chilena.⁸ Lo habitual es dar aquí marcha atrás y, deshaciendo el camino o tomando rutas alternativas desviadas hacia el Este —y que pasan por la comunidad de Quetena—, dirigirse hasta la localidad de Alota. A partir de aquí, la cuarta jornada emprende el camino de regreso hasta Uyuni atravesando las poblaciones de Culpina y San Cristóbal.

A lo largo de todo este periplo el turista irá disfrutando de las estampas antes mencionadas y que el lector puede ir siguiendo a partir de la figura 1. Dado que sus imágenes abundan en las 26 700 páginas web a las que el buscador Google remite desde el campo «salar de uyuni» (número que da una idea del interés turístico que despierta la región en el mercado internacional), prefiero no distraernos aquí en descripciones paisajísticas y dejar al lector el deleite de su descubrimiento. Sin embargo, a partir de lo experimentado como un turista más en Jirira y de lo observado en San Juan, sí comentaré brevemente algunos aspectos relativos a los servicios ofrecidos al turista en las postas que jalonan su viaje; tal vez desde estas acotaciones se comprendan mejor los problemas que acompañan la construcción de un alojamiento en Santiago, uno de los pilares básicos del proyecto turístico para Lakaya.

El tipo de turismo que elige el Salar de Uyuni y el Altiplano de Lipez como destino responde a una mezcla entre ecoturismo y turismo de aventura, atraído por los encantos medioambientales de la región; un turismo de mochila practicado especialmente por jóvenes europeos y norteamericanos que recalcan en el Salar como parte de un viaje más amplio que les lleva a recorrer Bolivia y a veces también países limítrofes en busca de paisajes, experiencias personales y contacto intercultural (arquitectura popular, arte y artesanías, fiestas, gastronomía, indumentarias, música, entre otros, siempre que respondan al estereotipo de lo *auténtico* y *tradicional*). Sin embargo, a pesar de la edad y de un presupuesto más o menos ajustado, hay elementos a los que este tipo de turista, aunque sea en determinados momentos de su viaje, tampoco está dispuesto a renunciar con facilidad: seguridad, descanso, mínima comodidad, intimidad, higiene,

⁸ A pesar de las estrictas normas que rigen la visita al parque, esta área de la Reserva Nacional Eduardo Avaroa (creada en 1973 y ampliada en 1991) es, quizá, la que más está sufriendo los impactos ecológicos del turismo pues, además de estos viajes procedentes de Uyuni, hay también numerosas agencias que desde San Pedro de Atacama realizan circuitos similares en sentido inverso, aunque generalmente no llegan hasta el Salar de Uyuni.

alimentación. Esto adquiere especial significación para los promotores y turistas al momento de evaluar las calidades y servicios de los alojamientos, una de las piezas clave, por no decir la fundamental, para la incorporación de una comunidad al circuito turístico.

Como acertadamente señalan A. Nielsen y otros (2003: 372), el desarrollo de la actividad turística en esta región se ha producido como un fenómeno *espontáneo y exógeno*, esto es, carente de algún criterio de planificación, resultado de unas cuantas iniciativas privadas, sin dejar a las poblaciones locales tiempo para prepararse en su papel de anfitrionas, ni tampoco demasiadas opciones de participación en su diseño, desarrollo y administración. Junto con ello, un factor que consideramos determinante y que no debiera olvidarse: una desenfrenada carrera contra el tiempo entre las comunidades por generar una oferta que atraiga al turista y que, al mismo tiempo, lo desvíe de sus vecinos. Es este marco en el que los alojamientos y la explotación de bienes patrimoniales se convierten en sólidos argumentos para tratar de que el convoy de vehículos que trae y lleva a los turistas se detenga en las comunidades y deje algunos beneficios económicos.

De acuerdo con las expectativas del turista y con las exigencias de los promotores turísticos, ¿qué se pide a estos alojamientos? Aunque en la Reserva Nacional Eduardo Avaroa, junto a los dos albergues de Laguna Colorada, existen algunos puestos de la compañía YPF Bolivia que pueden llegar a funcionar como improvisados refugios de urgencia, lo habitual es un modelo que designaré como *alojamiento-oasis*. Siguiendo el patrón de vivienda local de estancias en torno a un patio central generalmente delimitado por tapias, lo habitual es que cada alojamiento cuente con espacio suficiente para dar cabida a dos o tres vehículos, en cada uno de los cuales viajan entre cuatro y seis turistas, junto con el conductor y una cocinera. De esta manera, cada complejo deberá contar con áreas definidas de cocina-comedor, aseo y dormitorio. Evidentemente, aunque estos espacios respondan a normas de uso común, la privacidad se impone en dormitorios, aseos y duchas, al mismo tiempo que la discriminación de espacios impregna —a veces muy sutilmente— las relaciones entre grupos, por un lado, y entre turistas y personal, por otro. Respecto al sueño, los dueños de estos albergues saben bien en qué deben basar su oferta: aunque cada uno lleva su bolsa de dormir, los turistas agradecen un colchón mullido y rechazan las literas; tampoco les gusta demasiado dormir en grupo, lo que implica una disponibilidad de espacio para habilitar varios dormitorios de distinto tamaño en función de las necesidades de cada grupo. En cuanto a los espacios comunes, conductores y cocineras sentencian que cuando coinciden varios grupos siempre surgen problemas con la comida y los horarios de cocina. Aparte de esto, el turista pide agua caliente para asearse y tranquilidad para descansar del trajín del día. A pesar de ese mito del intercambio cultural por medio del turismo, lo habitual es que al final de la jornada los turistas se encierren en este *alojamiento-oasis*, donde los conductores revisan sus vehículos, se disfruta de las viandas (cada grupo lleva las suyas, a cargo de la agencia), y surgen conversaciones entre los compañeros de viaje o, si se produce un entendimiento idiomático, con las cocineras

o los dueños del albergue. Pocas veces se interactúa con la población local; como mucho, tal vez se dé un paseo para tomar unas cuantas fotos, y entonces son los niños los beneficiados de juegos y chucherías.

2. «NO SABÍAN QUÉ ERA EL TURISMO...» O DE CÓMO EL MITO DEL TURISMO DESPERTÓ ENTRE LOS COMUNEROS DE SANTIAGO

Éramos unos tres o cuatro personas nada más, que queríamos construir alojamientos y... bueno, y a esperar la visita. Y como yo he ido sondeando en Potosí, y en La Paz, y todos me han dicho que no, que si usted quiere funcionar bien tienes que tener el estudio, el trabajo, con buena folletería, con buena publicidad, todo ello. Entonces hemos visto que debemos hacer funcionar para toda la comunidad. (Justino Calcina Lupa. 40 años. Santiago, 2001)

Así, remarcando ese tránsito desde la iniciativa particular hacia la gestión comunitaria, hablaba mi compadre Justino Calcina acerca de los primeros pasos de un grupo de comuneros en pos del mito del turismo; ese turismo a través del Salar de Uyuni y el altiplano de Lípez que a principios de la década de los noventa empezaba a colonizar espacios hasta entonces vírgenes. La gente de Santiago recuerda cómo de vehículos aislados poco a poco fueron llegando cada vez más turistas, aunque todos pasaban de largo, la mayoría hacia la vecina San Juan, donde particulares habían construido ya algunos alojamientos. Sin duda, una situación que concuerda con lo ya comentado acerca del carácter espontáneo y exógeno del fenómeno del turismo en el Salar y en el Altiplano de Lípez.

La comunidad de Santiago, capital del Cantón Santiago, en la Provincia de Nor Lípez, está conformada por unas treinta familias dedicadas básicamente al cultivo de papas y quinua, y a una actividad pastoril en retroceso. Dista de Uyuni, en dirección sureste, poco más de cien kilómetros en línea recta, desviada aproximadamente 15 kilómetros de la Ruta 701 que parte de Potosí hacia la frontera con Chile, y muy próxima a la derrota trazada por los circuitos turísticos. Sus alrededores están salpicados de ruinas arqueológicas, de entre las que destaca el yacimiento de Lakaya, sobre el que enseguida nos centraremos. Precisamente, el surgimiento del fenómeno del turismo —esta proximidad a las vías de comunicación y la disponibilidad de potenciales atractivos patrimoniales— iba a constituir un incentivo para ese grupo de comuneros —que, dicho sea de paso, son parientes entre sí— y su proyecto por tratar de beneficiarse de esta actividad.

Don Héctor Saturnino Lupa, otro de los primeros en implicarse en la empresa, recuerda aquellos difíciles comienzos, allá por el año 1992, e insiste en ese tránsito entre la iniciativa particular y la implicación de toda la comunidad:

Entonces, hace años que conversamos que entre nosotros podemos trabajar, pero sin tomar en cuenta a la comunidad. Pero después se nos ocurrió que tal vez vamos a tener

tropiezos con la comunidad, que la comunidad va a empezar a estirar o a reclamar, ¿no? Entonces por eso participamos en la comunidad. Y posterior a eso, en varias reuniones, la comunidad no ha respondido nada. Es por eso que nos hemos retrasado hasta ahora. 96, 97... Recién con los trabajos de los arqueólogos que hemos empezado. Entonces recién la gente ha empezado a despertar, y... Bueno, estamos empezando a trabajar. (Héctor Saturnino Lupa. 32 años. Santiago, 2002)

En aquel año de 2002, don Héctor ocupaba el cargo de corregidor, y fue él quien se ofreció a ponerme al día en cuanto a la situación del proyecto turístico de la comunidad de Santiago, con lo que dio lugar a una larga y al mismo tiempo interesante entrevista. En su *versión oficial* iba a insistir tres veces en este hecho de extensión del proyecto al beneficio de la comunidad, así como en el desinterés mostrado siempre por esta en un principio, algo que para él era sencillamente fruto de la ignorancia: «en la comunidad no teníamos ninguna respuesta, que ni el sí ni el no, porque no sabían qué era el turismo». En realidad, más que de desconocimiento del turismo, deberíamos hablar de desconocimiento de los mitos de un turismo que los lugareños empezaban a contemplar como una agresión hacia sus modos de vida y sus espacios. Pero, además, no nos engañemos: en este desinterés por parte de la comunidad concurrían otros dos factores fundamentales, uno ideológico y otro económico.

Por un lado, paralelamente a aquel desinterés, no iban a tardar en surgir voces contrarias a que se hurgara en el sitio arqueológico, algo que atañe directamente a la lógica del pensamiento local y a su percepción de las ruinas como espacios liminares que concentran toda la fuerza del pasado remoto, y donde habitan *los chullpas*.⁹ No habría que olvidar aquí que la tradición exige un respeto a *los antiguos*, y prohíbe alterar los restos arqueológicos por miedo a despertar su ira, causante de enfermedad y calamidades.

⁹ Menciono a *los chullpas* cuando al recorrer el Salar de Uyuni y recalar en Coquesa y su «cueva de los chullpas», identificándolos entonces como *los antepasados* (cf. nota 7). Sin embargo, el concepto *chullpa* es poseedor de una complejidad terminológica y una ambigüedad de sentido que creo necesario explicar, aunque sea de manera muy sintética (cf. Gil 2001; 2002a; 2003). Por un lado, la arqueología andina emplea el término para referirse a las torres funerarias propias del altiplano aymara posterior a Tiwanaku (cerca del siglo X d. de C.), cuya construcción o reutilización se mantiene hasta los primeros tiempos de la Colonia; también, por extensión, a cualquier tipo arquitectónico con forma de torre propio de dicho intervalo temporal, ya hubiera podido servir como sepultura ya como depósito de almacenamiento. A partir de relaciones metonímicas, *chullpa* es también el propio bulto funerario depositado en el interior de estas torres aunque, hablando con propiedad, resultaría más bien su envoltorio. Por otra parte, para la etnografía de lo fabuloso, los *chullpas* constituyen una unidad de clasificación de alteridad que se aplica a los «antiguos» presolares y, por extensión, a todos los «antiguos» preincaicos —aquellos que los cronistas españoles llamaron *gentiles*—, aquellos que en otro tiempo ocuparon los sitios arqueológicos. En estrecha relación con esta acepción, *chullpas* son también aquellas entidades tutelares del inframundo que habitan en las ruinas y causan enfermedad y muerte a quienes no guardan el debido respeto por los restos arqueológicos.

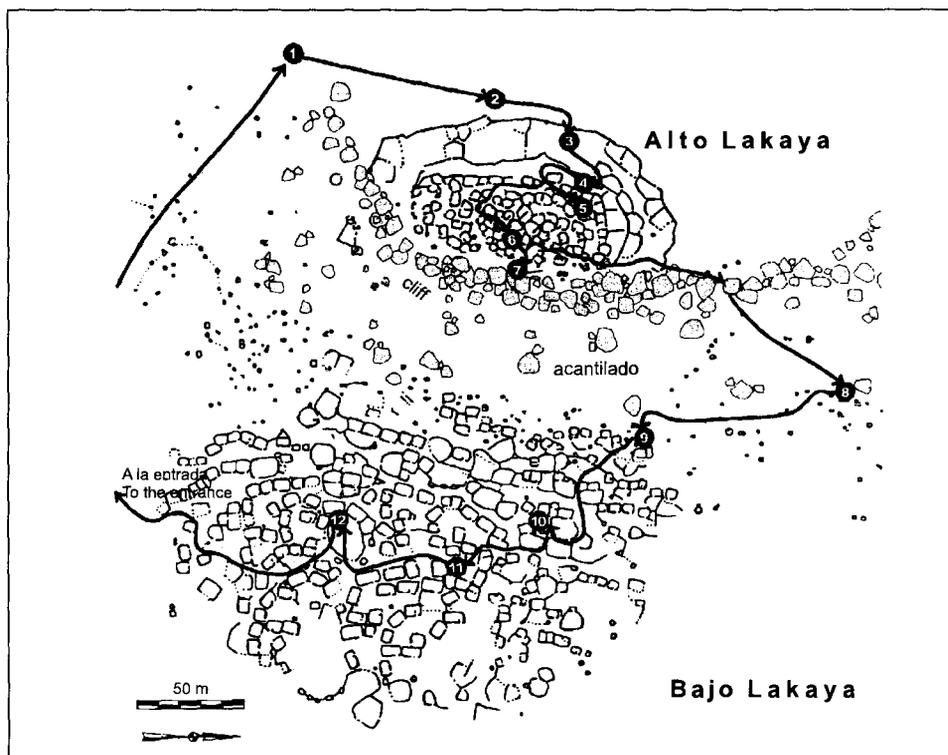
En la vertiente económica —y después de repasar lo que a estos hospedajes se exige—, era evidente que construir un alojamiento implicaba gastos elevados, hecho por el cual a fines de 2002 las obras de construcción del hospedaje de la comunidad se hallaban paralizadas. Sin embargo, aun en el caso de que dicho hospedaje estuviera listo, ingresar en los circuitos turísticos exigía una labor de marketing que también costaba dinero. Asimismo, y dado que el proyecto de alojamiento contemplaba desde el principio su asociación a las ruinas arqueológicas de Lakaya («porque era un sitio atractivo», diría don Héctor, algo que nos remite a lo ya planteado acerca del funcionamiento del sistema turístico y su producción de imágenes), pronto entrarían en juego las negociaciones con las distintas instituciones estatales, provinciales y departamentales competentes en materia de cultura y patrimonio, cuya primera condición para empezar a hablar de la autogestión fue exigir el aval de un estudio técnico. Obviamente, ni los particulares ni la comunidad podían afrontar los costes de una investigación arqueológica. Sin embargo, la llegada a Santiago del equipo del Proyecto Arqueológico Altiplano Sur (PAAS), en 1996, supondría un punto de inflexión en el curso de los acontecimientos: no solo se iba a lograr el ansiado estudio arqueológico, sino que por medio de sus trabajos se suscitaría un cambio de actitud hacia las ruinas que conduciría a su revalorización como bienes de patrimonio arqueológico.

3. PROYECTO LAKAYA: UNA EXPERIENCIA DE AUTOGESTIÓN Y DE DIÁLOGO INTERCULTURAL

Con una extensión aproximada de siete hectáreas, y una secuencia de ocupación que abarca desde el tránsito de los siglos XII a XIII hasta el siglo XV d. de C., Lakaya es uno de los sitios arqueológicos de mayor relevancia histórico-cultural en el sector norte del Altiplano de Lípez.¹⁰ Ubicado al borde de una península rocosa desde la cual se controla visualmente una fértil llanura agrícola actualmente destinada a cultivos de quinua, el asentamiento está dividido en dos sectores claramente diferenciados (véase figura 2). En la parte superior, protegido por una ladera abrupta y un acantilado rocoso, Alto Lakaya, un *pukara* ('fortaleza') correspondiente al «periodo de desarrollos regionales» previo a la expansión del Tawantinsuyu, marcado por profundos reajustes sociales, políticos, económicos y territoriales. En el llano, Bajo Lakaya, poblado perteneciente a la época de dominio inca, época en la que posiblemente pudo instalarse aquí una comunidad tributaria dedicada a la extracción de sal o metales o, con mayor probabilidad, al laboreo de campos del Estado inca. Entre ambos sectores, se encuentra un cinturón de torres chullpas.

¹⁰ Dado que este trabajo no pretende ahondar en materia de Arqueología, remito al lector interesado a los trabajos de A. Nielsen (1998; 2002), donde encontrará un estudio detallado y una bibliografía selecta a partir de la cual poder profundizar en el tema.

Figura 2. Planimetría del sitio arqueológico de Lakaya, donde se indican el trazado y las estaciones del sendero interpretativo.



Fuente: PAAS. *Lakaya. Tierra de chullpas—Land of Chullpas*.

Lakaya, 'Pueblo en ruinas' en quechua, es para la tradición oral la capital de Lípez en el tiempo de los chullpas, de los antiguos. En el pukara habrían residido poderosos capitanes guerreros, y sus murallas habrían sido testigos de innumerables batallas, la última de todas contra los incas. La salida del sol o la tiranía de estos últimos (según versiones del mito) habría provocado la extinción de los chullpas y el advenimiento de una nueva era (cf. Gil 2002b; 2003). Desde sus ruinas, como vengo apuntando, las comunidades de Santiago y Chuvica libran hoy su penúltima batalla, aquella por ingresar en el sistema turístico regional y alcanzar así un ideal de desarrollo. Antes de pasar a este punto, consideraré brevemente las bases del proyecto de gestión del patrimonio para la puesta en valor del yacimiento arqueológico.

Como mencionamos, el Proyecto Lakaya —incluido en el marco del PAAS— empieza en 1996 como un esfuerzo compartido entre un equipo de arqueólogos que lleva años trabajando en el área y las comunidades de Santiago y Chuvica. En palabras de su director, el doctor Axel Nielsen (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas-Instituto Interdisciplinario Tilcara, Argentina): «su objetivo es apoyar

a las comunidades de la región para que puedan aprovechar su patrimonio arqueológico en función del turismo, favoreciendo su participación tanto en la gestión como en los beneficios económicos de esta actividad, mitigando simultáneamente sus impactos negativos para la naturaleza, la sociedad y la cultura locales» (Nielsen y otros 2003: 374).

Exponente de una arqueología comprometida con las poblaciones locales —algo que desafortunadamente todavía resulta poco frecuente dentro de la profesión—, el Proyecto Lakaya constituye una experiencia especialmente interesante en tanto que fueron los comuneros quienes, ayudados por el azar, contactaron con el PAAS, que entonces estaba prospectando la zona. Habiendo expresado su interés de participar en las labores arqueológicas y solicitado su asesoramiento para la puesta en valor del yacimiento, comuneros y arqueólogos estrecharían un marco de diálogo intercultural mantenido hasta hoy día, dentro del que se desarrolla una comunión de saberes (ciencia arqueológica y tradición oral), y tiene lugar un reclamo por parte de las comunidades para participar en la construcción de su propio devenir (para una información más detallada del Proyecto Lakaya véase Nielsen y otros 2003). Una vez que Chuvica entrara a formar parte del programa de gestión patrimonial, sería puesto en marcha dicho plan de labores arqueológicas, y se establecería un acuerdo entre ambas comunidades para la división de las tareas de puesta en valor del yacimiento y para el reparto de los beneficios que pudieran derivarse de la explotación turística de las ruinas. En este punto, tanto los comuneros de Santiago como los de Chuvica dicen estar trabajando en concordia, aunque lo cierto es que entre ambas comunidades existe un pique derivado del cumplimiento de los calendarios fijados, así como algunas diferencias de criterio en cuanto al cobro de tarifas a los visitantes y el reparto de beneficios.

Inspirado por dos premisas fundamentales de autogestión e interculturalidad, el Proyecto Lakaya trazó dos líneas de actuación prioritarias. La primera línea de acción comprende la gestión patrimonial; desde la que se trabajaron la prospección y excavación parcial del yacimiento, la consolidación de estructuras, el trazado de un sendero interpretativo y la puesta en valor de componentes materiales y arquitectónicos seleccionados. En todas estas labores participaron activamente miembros de las dos comunidades de Santiago y Chuvica, que tuvieron así oportunidad de familiarizarse con la arqueología; paralelamente se realizaron distintos talleres que culminarían con un cursillo de capacitación de guías en el que participó un centenar de personas. Igualmente, el Proyecto Lakaya contempla la creación de un museo que albergue una colección de piezas proveniente de las excavaciones arqueológicas y los hallazgos fortuitos; este museo quedaría emplazado en Santiago. La segunda línea de acción es la promoción turística; aquí se trabajó el desarrollo de la infraestructura necesaria para la recepción de visitantes en el propio sitio arqueológico y su alojamiento en Santiago. Asimismo, en el tránsito de 2001 a 2002, el PAAS editó *Lakaya. Tierra de chullpas—Land of Chullpas*, un folleto bilingüe inglés-español que a lo largo de catorce páginas guía al visitante por las doce estaciones del sendero interpretativo, al tiempo que apunta algunos aspectos destacados de la tradición oral relativa a los chullpas y algunos

otros sobre los actuales modos de vida locales. Por mi parte, en 2002 colaboré en el diseño de un modelo de volante turístico también bilingüe, que posteriormente sería repartido a las agencias de viajes de Uyuni.

En otra vertiente de la gestión patrimonial, la apuesta legal del Proyecto Lakaya pasa por lograr una declaratoria de las ruinas como «parque arqueológico» y como «monumento nacional arqueológico», asunto que se viene tramitando —con no pocas dificultades— ante el Gobierno de la Nación por intermediación del Viceministerio de Cultura. Precisamente con este y con la Unidad Nacional de Arqueología (UNAR), Santiago y Chuvica firmaban unilateralmente un preconvenio con fecha 22 de julio de 2001, por el que se acordaba que ambas comunidades son «depositarias» del sitio arqueológico y «responsables» de su conservación, pues este se ubica en tierras pertenecientes al Cantón Santiago K, del que es capital la comunidad de Santiago. Sin embargo, Viceministerio y UNAR nunca llegaron a suscribir tal acuerdo, dado que el 14 de noviembre de ese mismo año la Dirección General de Patrimonio Cultural —dependiente de dicho Viceministerio de Cultura— denegó la solicitud de convertir Lakaya en «parque arqueológico», resolución que para septiembre de 2002 no presentaba visos de poder obtenerse a corto plazo. A pesar de ello, como base las comunidades siguen trabajando en su propio plan de autogestión.

4. «¡PA' QUE VENGAN!...». ARQUEOLOGÍA Y TURISMO EN LA PERSPECTIVA LOCAL DE DESARROLLO

Comentamos páginas atrás los mecanismos por los cuales el turismo crea imágenes propias y genera y/o las transforma en bienes de consumo que se pueden explotar. En este sentido fue considerado el sitio de Lakaya por los comuneros prácticamente desde el principio:

Pensamos que [la autogestión de las ruinas arqueológicas] es la única fuente de ingresos que podemos tener para que nosotros podamos desarrollar. Porque al no tener ingresos... Para que no haya migración de las personas. Muchas personas por falta de trabajo se van hacia Chile, hacia Argentina. Bueno, muchos piensan en ir hacia Estados Unidos... Bueno, adonde haya dinero, donde les parezca mejor porque piensan que se gana. Para evitar eso nosotros queremos hacer funcionar, pensando que al menos el turismo está en su auge, que hay muchos turistas que están llegando a Uyuni. Tenemos tal vez algunas estadísticas, del 85 al 95 si no me equivoco, y creo que hay ingresos. Al menos en el sector de La Paz hay buenos ingresos. Entonces pensamos que puede funcionar aquí, y al menos estamos esperanzados de hacer funcionar aquí todo el proyecto que tenemos elaborado. (Héctor Saturnino Lupa. 32 años. Santiago, 2002)

En este sentido, puede decirse que el turismo marca un antes y un después en la concepción de los sitios arqueológicos por parte del pensamiento local. Desde la perspectiva tradicional (mejor *tradicionalista*), las ruinas constituyeron siempre entornos

liminares, ubicados en los bordes espacio-temporales de la comunidad y habitados por formas extremas de alteridad salvaje pertenecientes al pasado. Sin embargo, no deja de resultar llamativo contemplar cómo hoy en día los lugareños mantienen una actitud ambigua hacia las ruinas y otros vestigios arqueológicos, a la vez de respeto (incluso, con remanentes de ese temor tradicional) y de desacralización utilitaria en beneficio de su exploración turística. Pese a lo interesante de este proceso de cambio en la lógica de pensamiento local, no es este el tema que aquí nos ocupa, por lo que desde aquí emplazo su discusión para futuros trabajos.

Puesto en marcha el Proyecto Lakaya, las dos comunidades implicadas constituirían un directorio compuesto por sendos comités de Santiago y Chuvica, encargados de hacer funcionar la puesta en valor y explotación del sitio arqueológico. Según queda recogido en su acta fundacional con fecha 10 de diciembre de 2000 —a la que tuve acceso por cortesía del entonces corregidor don Héctor y de mi compadre Justino—, el Comité Impulsor de Turismo de Santiago (desde noviembre de 2001: Comité Impulsor del Parque Lakaya) nace con el propósito expreso de «llevar adelante todos los trámites necesarios a las oficinas a quienes corresponda, como también del manejo y conservación de los sitios arqueológicos, el museo regional y albergue Cantón Santiago K». Así, el 24 de julio de 2001 —tan solo dos días después de enviar a La Paz la solicitud para la declaratoria del parque arqueológico— este comité enviaba una carta al viceministro de Turismo en la que la comunidad de Santiago reclamaba ser incluida en los circuitos turísticos regionales como «Tierra de chullpas», por ser depositaria y responsable del sitio arqueológico de Lakaya, estar trabajando en un alojamiento y haber solicitado una cabina telefónica a la compañía ENTEL. Con tales argumentos —atractivo de marcado interés turístico, oferta hotelera y servicios—, es evidente no solo que con la experiencia de los años y el diálogo intercultural favorecido por el Proyecto Lakaya los habitantes de Santiago habían captado las reglas de funcionamiento del sistema turístico sino que, además, estaban trabajando en la definición de criterios a fin de lograr un producto atractivo para el turista.

Los paseos arqueológicos en compañía de lugareños constituyen una estrategia habitual de trabajo de campo en nuestra investigación sobre la representación del pasado y sus habitantes, ya que permiten registrar in situ su propia interpretación de las ruinas. En uno de aquellos paseos por Lakaya en compañía de Wilson Condori Vilca, de modo completamente espontáneo y sin venir al caso de lo que estábamos charlando, comentó lo siguiente:

Nuestro sitio arqueológico debe ser atractivo, porque todos turistas... Porque nosotros esperamos eso. Porque la gente siempre con esa mira han empezado a trabajar este sitio. Siempre que han hecho, han dicho: «Vamos a estar trabajando...». Así es que va a haber más visitantes turistas, y pronto vamos a estar aquí con ellos contándoles qué es lo que ha pasado en este lugar, qué es lo que ha habido, todo. (Wilson Condori Vilca. 30 años. Santiago, 2002)

Por su parte, don Justino, que durante los meses de temporada alta de 2001 estuvo trabajando como conductor para uno de los operadores de turismo más potentes de Uyuni, «Toñito Tours», tiene claro el hecho de que el turista es lo primero, y de que para que todo funcione este debe ver cubiertas sus expectativas:

Entonces es muy importante, porque al turista tenemos que darle una buena información para que ellos se vayan satisfechos. Y si es que le damos una mala información, entonces ellos no van a estar de acuerdo. Entonces, estos son todos los aspectos, o una debilidad que tenemos en nuestra mente: uno, de preparar la parte económica, y otro, de preparar los guías, entonces que una vez estemos bien preparados ya no vamos a tener problemas. (Justino Calcina Lupa. 40 años. Santiago, 2001)

Paralelamente, desde su posición de promotoras, las agencias de turismo de Uyuni siempre insistieron en la necesidad de concluir la preparación de las ruinas para su visita y de terminar las obras del alojamiento para poder empezar a llevar turistas a Santiago. De esta manera, las comunidades de Santiago y Chuvica se pusieron a trabajar juntas en la infraestructura necesaria para recibir a los turistas en Lakaya: acondicionamiento del sendero interpretativo que había dejado trazado el estudio arqueológico del PAAS, amojonamiento de una playa de estacionamiento para vehículos, construcción de una caseta de recepción y de otras dos más para aseos. En este marco, el acuerdo alcanzado entre ambas comunidades fue el de repartir los beneficios de la explotación de Lakaya al cincuenta por ciento.

Hasta aquí todo bien; sin embargo, *off the record*, los pobladores manifiestan no estar conformes con el modo en que se viene desarrollando la cooperación entre los vecinos. Los de Chuvica protestan porque los de Santiago se demoran en lo que les compete, y esto retrasa la inauguración del sitio. Los de Santiago se defienden alegando que sus autoridades no son tan estrictas, que su comunidad es más democrática y cada cual trabaja de acuerdo con sus posibilidades, y que ellos reparten esfuerzos entre las ruinas y el alojamiento. Ante los retrasos de sus vecinos, e incluso cuando todavía no había llegado el primer turista, desde Chuvica se empezó a exigir una revisión de las condiciones de reparto de los futuros beneficios. En el 2001, don Bernardino Quispe, cuya participación dentro del Comité Impulsor de Turismo de Chuvica fue especialmente activa durante el ejercicio de su cargo como corregidor en el 2000, me plantearía el siguiente reajuste:

De nuestra parte estamos pidiendo que el beneficio sea igualitario con Santiago. Eso es lo que habríamos charlado, pero últimamente nosotros también habríamos pedido que nosotros administráramos Lakaya, el pueblo de Santiago Chuvica. Entonces Santiago administraría el museo, porque tiene que hacerse el museo. Pero eso es la conversación, porque ellos ya tenían que hacer hace rato. Ya tenían que hacer la casucha del museo, ya tenían que tenerlo; entonces, ya juntar las cosas que corresponde al museo. Pero hasta aquí no sé. Parece que tal cosa no se ha hecho todavía. Entonces nosotros veíamos eso de que ellos administrasen eso, pero tampoco Santiago quiere, entonces... Todo en

conjunto habíamos dicho, todo en conjunto vamos a hacer. Entonces... Pero una vez pongan de su parte. [...] Entonces, eso sí, el beneficio tiene que ser para ambas comunidades. Pero eso sí, está en estudio, de un de repente, qué comunidad trabaja un poco más, quién en la comunidad pone interés... Entonces, de un de repente eso puede dar un tanto por ciento más. Decíamos eso, que habíamos pedido nosotros. [...] Ya una vez quedao otra situación, de ahí tenemos que beneficiarnos ambas comunidades. Eso es lo que se ha quedao. (Bernardino Quispe. 49 años. Chuvica, 2001)

En resumidas cuentas, lo que desde Chuvica se estaba solicitando era que los de Santiago se pusieran al día en sus tareas, y mientras sucedía eso, y empezaba a funcionar el museo, ellos podrían ir explotando el sitio arqueológico y quedándose con los beneficios. Obviamente, la comunidad de Santiago nunca aceptó esta propuesta. Ciertamente, en las bases del Proyecto Lakaya quedaba establecido que todos los materiales arqueológicos obtenidos a partir del estudio del yacimiento quedarían en la comunidad, con lo que nació la idea de construir un museo de sitio que se convirtiera en atractivo añadido para la llegada de turistas; hasta entonces, los vestigios, debidamente inventariados, quedaban a cargo de las autoridades y del Comité Impulsor. Por otra parte, contrariamente a lo propuesto por don Bernardino, la idea que primó desde los primeros momentos fue la de cobrar un único boleto que sirviera tanto para la visita guiada del sitio arqueológico como para la entrada al museo. Sin embargo, ante los retrasos y demás contingencias, este museo arqueológico acabó siendo relegado a un segundo plano. «Como prioridad, terminar Lakaya, y segunda prioridad, terminar los alojamientos. Y luego, ya empezar con el museo», comentaría don Justino en una de nuestra entrevistas en 2002. Lo curioso de este asunto resulta que, a pesar de su inexistencia, todos en Santiago hablan del museo, incluso los más pequeños, como tuve ocasión de comprobar a partir de unos talleres realizados con los alumnos del núcleo educativo Miguel Cuzco.

Este núcleo educativo, integrado por el Colegio Técnico Humanístico Mejillones y la Unidad Educativa Franz Tamayo, agrupa a alumnos de todos los niveles —un total de 159— repartidos entre preescolar y cuarto de secundaria, según estadísticas oficiales del centro para 2002. La inmensa mayoría pertenece a la comunidad de Santiago, aunque algunos provienen de villorrios aledaños. Como parte de la investigación sobre las representaciones del pasado, y con el propósito de considerar también la percepción y representación de los espacios vividos, en mis dos estadías de trabajo de campo —con el apoyo de la dirección y de los docentes del centro— planteé sendos talleres voluntarios de dibujo entre los estudiantes de primaria y secundaria. En 2001 el tema fue «Mi comunidad», es decir, que dibujaran el pueblo de Santiago tal y como ellos lo veían. De un total de 65 trabajos recogidos, uno dejaba patente la futura presencia de este museo arqueológico (véase figura 3); cinco identificaban la comunidad de Santiago con las ruinas de Lakaya; y siete incluían —de manera gráfica y/o escrita— la presencia de ruinas, en especial, torres chullpa. Evidentemente, los niños sabían de mi interés por *los antiguos*, aparte de que estos dibujos tampoco constituyen un porcentaje significativo, aunque no por ello dejan de tener su interés.

Bueno, Lakaya parece que no funciona porque realmente parece el precio que hemos fijado es un poco elevado en este sentido. Los turistas, los choferes... parece que no vienen. Estaban viniendo. La otra semana han entrado así: un, dos tres moviéndose, pero ahora ya no han venido. No sé qué será; sí, por eso. Estamos un poco... no tan... Nos hemos descuidado un poco, porque teníamos que alistar todo, pero ahora no hay casi tanto. Estamos así no más y no hay turistas que lleguen así a diario. Tal vez una vez a la semana, o menos. Ahora, tampoco estamos haciendo la propaganda, más que todo, los volantes, la invitación, toda esa cosa falta por hacer. No nos estamos moviendo, nos estamos descuidando un poco. Es que también los trabajos no nos han permitido. (Erasmus Condori Ticona. 60 años. Santiago, 2002)

Ese año, antes de emprender el viaje hacia Santiago, pasamos por varias agencias de turismo de Uyuni sondeando —como cualquier otro turista que pide información sobre los circuitos turísticos— si alguno de los operadores de turismo estaba parando en Lakaya y/o alojándose en Santiago. El resultado fue negativo, lo que parecía indicar que el sitio arqueológico seguía sin funcionar. ¿De qué hablaba entonces don Erasmus? No tardaría mucho en descubrirlo. El episodio, que en otras circunstancias quizá no hubiera pasado de lo anecdótico, se había convertido en la comidilla de unos vecinos de Santiago que, al tiempo que arremetían contra los de Chuvica acusándolos de impaciencia, se daban a sí mismos la razón en que consideraban necesario prepararse bien antes de empezar a funcionar en Lakaya. Don Justino hace un recuento de lo ocurrido:

Si bueno, una reunión que hemos hecho en Lakaya... Si no me equivoqué era el 9 o el 10 de julio... Sí, pero entre el 10 de julio era, o 11, pero... En esa oportunidad hemos entrado un poco de compartir ideas y de quedar cuánto vamos a cobrar —bueno, prácticamente nos comprometimos, ¿no?—, y empezar a trabajar *ad honorem*, así, sin pago. Bueno, yo me comprometí, y los compañeros de Chuvica también. En ahí primero hemos quedado en que una comunidad atiende una semana y otra comunidad atiende otra semana, ¿no? Entonces, primero... Bueno, esto hemos decidido porque ya venían coches; así, a la semana, dos o tres veces llegaban. Entonces, así que hemos pensado ya de una vez poner en marcha. Pero la verdad es que en ese momento también habían otras ideas de que se debe cobrar más, ¿no? Entonces, los compañeros de Santiago Chuvica han tenido un criterio... no, una propuesta: en que podíamos cobrar cinco dólares por persona como ingreso en ese Parque Lakaya. En ahí estarían incluido de darle un folleto, claro, estaría incluido un guía, los baños —de mingitorio, ¿no?—, todo eso. Entonces era eso, esa propuesta tenían los compañeros de Santiago Chuvica. Y la propuesta de nosotros era cobrar diez bolivianos y vender el folleto... Y bueno, a los turistas que quieran llevarse para su bibliografía, vender el folleto, y cobrar diez bolivianos por ingreso, de cada visitante. Entonces bueno, hemos quedado con la propuesta que ellos han dado. Entonces, como la obra final no se estaba concluyendo de la caseta, y los baños ellos ya estaban recién concluyendo, de repente... Bueno, según cuenta, de que han llegado tres vagonetas con turistas. Entonces... Bueno, ahí estaban los compañeros de Santiago Chuvica trabajando en el baño, ya casi concluyéndola ya, todo. Entonces, en ese momento les cobraron cinco dólares por turistas. Entonces la

otra vagoneta no... En una vagoneta que estaban entonces, no aceptó, y esa se ha ido. Y otra se han quedado, pero han pagado dos dólares. Y tenían que ir a buscar todavía al guía, don Richard, a Santiago Chuvica, y él tenía que venir y después dar el circuito, bueno, todo ello. También la verdad es que hay que prepararse muy bien para atender al visitante, ¿no? Eso es lo que ha pasado. Pero nosotros hemos quedao de acuerdo de cobrar cinco dólares cuando todo esté terminado, todo esté concluido, ¿ya? Porque teníamos que tener todo terminado y luego ya. Nosotros mismos ir uno a uno a las agencias de Uyuni, y ofrecer, decirles: «Bueno, tenemos esto». Siempre tenemos errores, pero estos errores siempre se van a corregir poniendo otro método, ¿no? (Justino Calcina Lupa. 41 años. Santiago, 2002)

La versión de don Héctor coincide en lo fundamental del episodio, pero añade un dato de gran relevancia en lo que toca a la percepción local de la relación patrimonio-turismo y la interpretación del sistema turístico:

Bueno, hace dos meses atrás, y no recuerdo la fecha, tuvimos reunión entre las dos comunidades, el Comité de Turismo de Santiago K y Santiago Chuvica, y las autoridades, donde nos pusimos de acuerdo para hacer funcionar Lakaya, por lo menos con lo que hay, aunque está inconcluso. Bueno, por lo menos tenemos la caseta, un baño que está concluido, que se puede utilizar ya, y el otro que está para concluir. Pero nos pusimos de acuerdo: «Hagamos funcionar el sitio arqueológico». Nos pusimos de acuerdo también para cobrar las tarifas de entrada. Aquí en Santiago fuimos con la posición de cobrar diez bolivianos la entrada, por turista. Pero los comunarios de Chuvica dijeron: «Es muy poco, debemos cobrar por lo menos cinco dólares la entrada». Entonces, ese fue el motivo por el que disminuya el flujo de turismo, porque más antes estuvieron entrando... O sea que así nomás pagaban la voluntad, a voluntad pagaban, a conciencia de cada uno, así pagaban. Pero cuando nos pusimos ya de acuerdo para cobrar cinco dólares por turista, ya creo que les salió mucho, y ya no vienen, o sea que dejaron de venir. Yo creo que es cuestión de coordinar entre las dos comunidades y tal vez rebajar el precio. Y puede funcionar con diez bolivianos, ¿no? Porque quizás mucho es los cinco dólares, porque ha de llegar la gente con esa cantidad de dinero a... a... [¿A la Reserva Nacional Eduardo Avaroa?] Sí. Cobran a la entrada, hay una tranca. Entonces... Entonces ahí cobran el recibo, y se entra. Pero ya tienes que ver muchas cosas, mientras aquí solo es Lakaya y el sitio arqueológico, de las ruinas de arriba y de abajo, Alto Lakaya y Bajo Lakaya, ¿no? Yo creo que tal vez para empezar sería, pues, con diez bolivianos, pero con cinco dólares parece que no quieren entrar los turistas. Ese sería el problema que se ha suscitado. (Héctor Saturnino Lupa. 32 años. Santiago, 2002)

En resumidas cuentas, parece ser que al comienzo de la temporada alta de turismo —meses de julio a septiembre-octubre— hubo vehículos que empezaron a acercarse a las ruinas de Lakaya —según comentarios, entre «harto vehículos» o tan solo «algunos»—. Ante esta situación, ambas comunidades deciden abrir al público el sitio arqueológico y dar un servicio gratuito mientras se terminan las labores para su acondicionamiento definitivo. Aprovechando su turno semanal, los representantes de Chuvica deciden empezar a cobrar la entrada, aplicando una tarifa que, por elevada,

supondría el cese en la llegada de turistas.¹¹ En este sentido, lo que dentro de las reglas básicas de mercado implicaba un simple reajuste de precios al consumo, para la conciencia de dos comunidades que tienen todas sus expectativas de futuro puestas en la autogestión de su patrimonio no dejó de suponer un daño a sus intereses —ya mencioné que, como consecuencia de ello, en septiembre de 2002 la gente estaba plenamente convencida de la necesidad de concluir los trabajos en Lakaya y la construcción y preparación del alojamiento en Santiago, esperando la llegada de la primavera para ponerse manos a la obra, y confiando en que la esperada resolución ministerial no demorase más todavía—.

Ahora bien, en cierto modo, lo que venimos planteando constituiría una muestra comentada del papel concedido por la comunidad de Santiago a las relaciones patrimonio-turismo en la perspectiva local del desarrollo. Sin embargo, nos queda la duda de saber hasta qué punto la visión recogida no responde a un discurso estereotipado y quizá oficioso, incorporado al sentir y al decir comunitario más desde lo que se espera de los acontecimientos que desde lo que estos resultan efectivamente —todo ello a pesar de la declaración expresa de no intentar desarrollar en estas páginas un detallado estudio de impacto a partir del caso de Lakaya, sino más bien reflexionar sobre las representaciones que de los mitos del turismo se forma el imaginario colectivo de una comunidad que viene tratando de ingresar en el sistema turístico regional—. Evidentemente, tratar de acceder a lecturas particulares del fenómeno del turismo y de aquello que de él se espera es algo más complicado, especialmente cuando sobre los individuos pesa una conciencia social presionada por lo que podría definirse como un *quiero y no puedo*. Por este motivo —y aunque tan solo sea a partir de tímidas pinceladas— intentaré presentar a continuación otros puntos de vista, alternativas complementarias a la puesta en valor y explotación de este yacimiento arqueológico.

5. PROYECTANDO ILUSIONES AL FUTURO. ENTORNO A LOS MODOS LOCALES DE PENSAR EN LOS BENEFICIOS DEL TURISMO

Recordemos cómo en relación con la cuestión del cobro de tarifas por la visita a Lakaya, apuntaba don Héctor la inferioridad de condiciones de estas ruinas frente a los atractivos de marcado interés turístico con que cuenta la Reserva Nacional Eduardo Avaroa: «ya tienes que ver muchas cosas, mientras aquí solo es Lakaya y el sitio arqueológico, de las ruinas de arriba y de abajo, Alto Lakaya y Bajo Lakaya» (véase

¹¹ Dicho sea de paso —y hablando aquí desde lo conversado con otros turistas y lo observado en Coquesa—, el turista, que ha pagado por un circuito en el que se incluyen todos los gastos de alojamiento y comidas, no suele aceptar de buen grado que se le cobre aparte por el acceso a ruinas arqueológicas o por el ingreso a las iglesias de las comunidades. En cualquier caso, aun considerando la magnitud de las ruinas de Lakaya, esta tarifa de cinco dólares es exagerada para lo habitual en la lista de precios de ocio y cultura de Uyuni, de los circuitos a lo largo del Salar, e incluso de ciudades como Potosí o La Paz.

comentario anterior). Durante toda mi estadía en Santiago, y frente a la generalizada lectura optimista de los trabajos en el sitio arqueológico, esta fue la única ocasión en que alguien manifestó su creencia en la precariedad de la materia prima desde la cual se estaba construyendo ese producto turístico sobre el que se depositaban tantas esperanzas. Y no estoy seguro ante la posibilidad de que no fuera sencillamente un lapsus. Lo que interpreto que don Héctor quiso expresar es que el yacimiento arqueológico de Lakaya, en tanto bien patrimonial, no estaba en condiciones de incluirse en el sistema turístico como un bien de consumo per se, sino que, como teorizaba L. Prats (1997: 41 y ss.), necesitaba de la connivencia de otros elementos para poder armar un paquete que pudiera ser ofertado de manera atractiva.

Instituido el mito clásico de turismo = desarrollo económico, y de que la llegada de turistas a las ruinas de Lakaya y al alojamiento en Santiago llenará las arcas de la comunidad, ¿cómo se piensan los beneficios del turismo en términos prácticos? Dicho en otros términos: ¿qué circuito de retroalimentación se establece a partir de dicha ecuación?

Al segundo día de mi primera estancia en Santiago en 2001, un grupo de muchachos me llevó a dar un paseo por los alrededores de la comunidad. Íbamos hablando de arqueólogos y de ruinas, cuando uno de ellos, Jorge Condori Suna, me pidió que sacara la grabadora, que me iba a contar algo. Esta fue su intervención:

Al lado donde Lakaya, decimos, ahí hay un museo y... Ahí donde una casita, en ahí. Ahí van a vender. Ahí va a venir el arqueólogo, y aquí en Santiago va a haber museo. Sí, una exposición de tejidos, de medias, de chulos, de chalina, de guante. ¡Pa' que se coloquen! Eso va a haber acá. De Lakaya hay una chullpitas, y aquí va a haber alojamiento. En Lakaya hay chullpitas, de hace tiempo es, de los antiguos. Hay chullpas. No sé, piedritas hay; casitas de piedrita así redondita, donde ahí vivían. Así han ido a averiguar. Todo. De ahí estamos haciendo mal a las casitas, total desarmado estaba. Hemos arreglado, hemos hecho casas, todo hemos hecho... ¡Pa' que vengan! (Jorge Condori Suna. 12 años. Santiago, 2001)

Evidentemente, lo que se espera del turismo es que se convierta en fuente de ingresos; por ello, cuanto más completo sea el producto que pueda ofertarse al turista más beneficios se obtendrán del sistema turístico. Con esta perspectiva se ha planeado la caseta situada en la zona de acceso al sitio arqueológico de Lakaya, que funcionará como un centro de recepción para los visitantes. ¿Qué servicios está previsto que se ofrezcan aquí?

Quizás algunas cosa de refrescos será, algo que se pueda vender cuando lleguen así. Tal vez también se puede... bueno, algún sándwich, algo así. Pa' cuando lleguen, un momento, si van al servicio. (Erasmó Condori Ticona. 60 años. Santiago, 2002)

Bueno, la idea es que en la caseta que se ha hecho en Lakaya, es justamente para poner algo de bebidas, para vender a los turistas, a los choferes... También dejar algunos folletos, y artesanías, ¿no? Entonces tal vez se pueda vender. Pero eso es, con la idea de

que podamos vender algo, y ahí ya hay ingresos. Con esa idea se puso la caseta, y también para que esté ahí un representante de la comunidad de Chuvica y un representante de la de Santiago K, pa' que puedan controlar los ingresos de turistas, cuánto dinero hay. Pa' vender algunos dulces, bebidas... Yo creo que va a haber algunos ingresos en Lakaya. (Héctor Saturnino Lupa. 32 años. Santiago, 2002)

Pensando en esta venta de bebidas y golosinas, doña Crecencia Mollo de Valda había comprado en 2002 una máquina de fabricación de helados por cuenta propia. Por el momento, y a la espera de la llegada de turistas, vendía helados básicamente a los escolares, durante los recreos y a la hora de la merienda, en unos vasitos de plástico, todos del mismo sabor, dependiendo de los ingredientes mezclados en cada ocasión.

En cuanto a las artesanías, como apuntaba el pequeño Jorge, las miras están puestas especialmente en los textiles, pero también en la cerámica, pues algunas mujeres mantienen una tradición alfarera de pequeñas ollas de barro cocido:

También estamos pensando de exponer algunas muestras de artesanías en Lakaya, que son artesanías nativas del pueblo, de la región, del lugar. Y bueno, en todo caso, habilitar también una habitación, una casa, para que ahí el Centro de Madres podría empezar a funcionar con artesanías, ¿no? Entonces estaría a cargo del Centro de Madres y... bueno, todas la señoras que hacen artesanías pueden vender sus objetos, sus cosas. Bueno, seguramente sea vender de acuerdo al buen trabajo, o a la calidad del trabajo de artesanías, ¿no?. (Justino Calcina Lupa. 41 años. Santiago, 2002)

En la actualidad, en Santiago hay muchas mujeres que tejen. Aunque la comunidad no cuenta con tradición tejedora, dicha actividad artesanal se viene reforzando desde hace algunos años como estrategia de promoción económica. Simplemente han aprendido, se han perfeccionado, y se han organizado en torno al Centro de Madres. Por su parte, esta agrupación nació con el propósito cooperativista de paliar las carencias de las familias más necesitadas mediante la colaboración estrecha con la escuela en tareas como distribución de desayunos y almuerzos entre los más pequeños durante periodos especialmente difíciles, como sucedió a lo largo del crudo invierno de 2002 y en los meses siguientes. Hasta ese año, su producción textil era llevada a San Juan para su venta directa o para su posterior redistribución en circuitos económicos más amplios, aunque con estos intermediarios las santiagueñas siempre perdían un porcentaje variable de las ganancias. Por este motivo, en septiembre de 2002 se barajaba la idea de reconducir esas ventas por medio de la actividad del grupo Nuestras Raíces, que don Justino, don Héctor y otros comuneros y comuneras habían organizado con el propósito de generar fuentes de empleo hacia el interior de la comunidad, básicamente a partir del cooperativismo agrario —fundamentalmente concretado en el cultivo de quinua y su procesado en productos alimentarios derivados—, las artesanías y el alojamiento turístico. En principio, sus tejidos artesanales formarán parte de la muestra expuesta para su venta en la caseta de Lakaya aunque, para cuando el turismo prospere y en Santiago esté funcionando el alojamiento, ya tienen planeado abrir un local de

venta en un costado de la plaza, entre la iglesia y el corregimiento. En cuanto al alojamiento, esta es una opción que en aquel momento se contemplaba en función de los progresos del alojamiento comunal, situación respecto de la que he de expresar mi desconocimiento actual; en cualquier caso, lo significativo de este proyecto resulta esa vuelta a la iniciativa particular, bien como consecuencia del mal funcionamiento del hospedaje comunal, o bien por la previsión de un volumen de turistas que permita que ambos tipos de iniciativas coexistan sin perjuicio de sus benefactores a causa de la competencia desleal.

Siguiendo con este punto, y considerando fundamentalmente los ingresos derivados de la entrada de turistas al sitio arqueológico de Lakaya, la comunidad de Santiago tiene planeado reinvertir los beneficios del turismo en el alojamiento comunal, de manera que se aceleren las obras de finalización; esto permitirá, aumentada la oferta de servicios al turista, aprovechar también el beneficio potencial. En este sentido, encarando parte de las necesidades colectivas, la reinversión de estos beneficios del turismo se plantea orientada fundamentalmente hacia las mejoras de las infraestructuras del núcleo educativo y del área de salud pública, aunque a mi marcha a fines de septiembre de 2002 estas cuestiones constituirían proyectos supeditados a que terminaran las obras de acondicionamiento del sitio arqueológico, a que se dé su apertura definitiva al turismo y a la construcción del albergue.

Por otra parte, en el 2002, realizamos unos talleres entre los alumnos de secundaria de la Unidad Educativa Franz Tamayo, a partir de los cuales se intentó definir para la investigación qué idea de progreso manejaban los jóvenes, y si en ella tenía cabida el turismo y en qué medida. Como era de esperar, la mayoría de ellos, especialmente los alumnos de tercero y cuarto —que pronto terminarían la enseñanza obligatoria—, estaban imbuidos del espíritu del éxodo rural, al menos en una primera fase que les permitiera seguir formándose en la universidad y/o hacer algún dinero. Los que elegían quedarse en Santiago —o carecían de otras posibilidades— planteaban las labores del campo y el turismo como únicas opciones, aunque se mostraban escépticos al momento de considerar la llegada de turistas como la panacea que paliara las necesidades de su comunidad. En este sentido, la opinión unánime pasaba por el convencimiento de que para hacer funcionar el sistema turístico eran necesarios proyectos de desarrollo y preparación cualificada, algo en lo que todavía les quedaba un trecho que recorrer. Entre los más jóvenes —alumnos de primero y segundo— reinvertir los beneficios del turismo en la comunidad significaba instalar una antena parabólica que les permitiera estar enterados de lo que sucede en el mundo y de ver películas; o a propuestas tan originales como engalanar la plaza para fiestas, no para beneficio propio sino bajo el presupuesto de que quizá así acudirían más turistas.

CONCLUSIONES

Vivimos en un mundo globalizado donde las distancias se acortan, los pueblos se homogeneizan y los acontecimientos se suceden a una velocidad tal que nos exigen vivir en un tiempo presente continuo. Como contrapartida, cabría decirse que asistimos a una ola sin precedentes de revitalización del pasado, recuperación de lo auténtico y exacerbación de las identidades. Así, frente a la aldea global, lo local resurge con fuerza inusitada, un componente local que se afana en la búsqueda de sus raíces. A partir de estos presupuesto, definimos el patrimonio como el legado de una herencia histórico-cultural que conecta el pasado y el presente, y que por la manipulación (simbólica) por parte de los distintos agentes suele terminar convirtiéndose en representación de las identidades. Sin embargo, señalamos también cómo los bienes patrimoniales tan solo adquieren carta de naturaleza cuando son reconocidos como tales y, en consecuencia, reclamados y revalorizados a partir de un —a veces— complejo proceso de selección alentado por las ideologías y los discursos. En este sentido, presentamos al fenómeno del turismo como quizá una de estas ideologías constructoras de patrimonio, quizá una de las más poderosas.

En tanto que industria de las imágenes y generador de bienes de consumo derivados de estas, el turismo convierte al patrimonio en una atracción, un producto sujeto a las reglas de mercado y al despotismo del beneficio y la rentabilidad. Precisamente, de aquí se deriva uno de sus mitos clásicos, la ecuación turismo = desarrollo económico, motor de la inmensa mayoría de las actuaciones locales sobre el patrimonio, esas que C. Bromberger definiera desde la «musealización de la frustración», y que constituyen un mecanismo de supervivencia a la vez cultural y económica desde el que se persigue la reconstrucción de una identidad, una alternativa al desarrollo económico, o ambas a la vez. A tenor de los diferentes aspectos aquí presentados, el proyecto de turismo impulsado por las comunidades de Santiago K y Santiago Chuvica a partir de las ruinas arqueológicas de Lakaya encaja perfectamente dentro de esta categoría.

Teniendo en cuenta este marco teórico, en el estudio etnográfico que aquí concluye, hemos intentado dar respuesta a preguntas tales como qué se espera de la patrimonialización del pasado, quién capitaliza este proceso y cómo se desarrolla. Para ello, en contraposición a los estudios clásicos de impacto turístico, apostamos por un punto de vista *emic* que nos sitúe en la perspectiva local del desarrollo y en su propia interpretación de los mitos del turismo. En consecuencia, en ningún momento se buscó un estudio detallado de las paradojas en torno a la construcción de Lakaya como bien de consumo patrimonial enfocado al mercado turístico, sino que preferimos dar la palabra a una de las partes implicadas en el proceso —una de las dos comunidades anfitrionas— para ir definiendo su ideal de progreso y su percepción del turismo como factor de cambio y motor de desarrollo económico sobre el que se proyectan las expectativas de futuro de todo el grupo.

Como en un momento dado expresamos, soy plenamente consciente del sesgo discursivo arrastrado en el trabajo, y que resulta de manifiesto en la oficiosidad contenida

en los testimonios locales, provenientes en su práctica totalidad de individuos implicados muy activamente en el proyecto impulsor de turismo. Sin embargo, cabría concluir que toda la comunidad participa de un discurso estereotipado y construido sobre los mismos elementos claves: el surgimiento del turismo en la región; la relación turista = ingresos económicos; Lakaya, el estudio arqueológico; el acondicionamiento de las ruinas a fin de hacerlas visitables; el marco de cooperación trabado con la vecina comunidad de Chuvica; así como el alojamiento en Santiago, el museo, los distintos tropiezos en el desarrollo del proyecto, las consecuencias del retraso, la necesidad económica, la resolución ministerial, el choque de intereses entre ambas comunidades y la experiencia con los primeros turistas llegados hasta el sitio.

Por todo ello, quisiéramos concluir con la reflexión de que, así como los pueblos están en constante dinámica de transformación, el turismo —que en los últimos tiempos viene acentuando estos cambios— está permanentemente generando nuevas imágenes y obligando a las partes implicadas en el engranaje de su sistema a (re)construir sus escenificaciones y a situarlas en un terreno de la experiencia marcado por las contradicciones. Las ruinas de Lakaya son mucho más que piedras. Para el turista que las contemple será un viaje regresivo en el tiempo. Por su parte, los pobladores de Santiago y Chuvica tratan de construir a partir de ellas un presente y un futuro, aunque el imaginario representado tal vez no corresponda fielmente con la realidad y constituya tan solo una utopía, una pataleta o una reivindicación.

BIBLIOGRAFÍA

AUGÉ, M.

1998 [1997] *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*. Barcelona: Gedisa.

2003 *El tiempo en ruinas*. Barcelona: Gedisa.

BALLART I HERNÁNDEZ, J.

1997 *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Barcelona: Ariel.

BALLART I HERNÁNDEZ, J., J. M. FULLOLA I PERICOT y M. A. PETIT I MENDIZÁBAL

1996 «El valor del patrimonio histórico». *Complutum*, vol. 2, n.º 6, pp. 215-224.

BROMBERGER, C.

1996 «Ethnologie, patrimoines, identités. Y a-t-il une spécificité de la situation française?». En D. Fabre (ed.). *L'Europe entre cultures et nations*. París: Maison des Sciences de

l'Homme, pp. 10-23.

CRICK, M.

1992 «Representaciones del turismo internacional en las ciencias sociales: sol, sexo, paisajes, ahorros y servilismos». En F. Jurado Arrones (ed.). *Los mitos del turismo*. Madrid: Endymion, pp. 339-403.

GIL GARCÍA, F. M.

- 2001 «Secuencia y consecuencia del fenómeno chullpario. En torno al proceso de semantización de las torres chullpa». *Anales del Museo de América*, n.º IX, pp. 165-199.
- 2002a «Retratando a “los chullpas”, ordenando “el tiempo de los antiguos”. Ruinas y pensamiento local en Lípez (Dpto. de Potosí, Bolivia)». *Actas del XXIV Congreso Internacional de Americanística*. Número especial de *Thule. Rivista Italiana di Studi Americanistici*.
- 2002b «Si atacásemos Lakaya... Batallas del pasado en tiempo presente: “guerra antigua”, civilización y pensamiento local en Lípez (Dpto. Potosí, Bolivia)». Ponencia presentada en el Congreso Internacional «Senderos de la guerra y pipas de la paz. Conflictos y alianzas en las Américas de ayer hasta hoy». Bruselas: Universidad Libre de Bruselas.
- 2003 «Tres cárceles para los chullpas. Persona, tiempo y espacio de “los antiguos” en el pensamiento andino». Ponencia presentada en el Seminario «Mestizaje y poder en las Américas». Madrid: Casa de Velázquez.

JURADO ARRONES, F.

- 1992 «Los mitos del turismo». En F. Jurado Arrones (ed.). *Los mitos del turismo*. Madrid: Endymion, pp. 15-88.

KANDT, E. DE (ed.)

- 1991 [1978] *Turismo: ¿pasaporte al desarrollo? Perspectivas sobre los efectos sociales y culturales del turismo en los países en vías de desarrollo*. Madrid: Endymion.

MCKERCHER, B. y H. DU CROS

- 2002 *Cultural tourism. The partnership between tourism and cultural heritage management*. Nueva York: The Haworth Hospitality Press.

NIELSEN, A.

- 1998 «Tendencias de larga duración en la ocupación humana del Altiplano de Lipz (Potosí, Bolivia)». En M.B Cremonte (comp.). *Los desarrollos locales y sus territorios. Arqueología del NOA y sur de Bolivia*. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy, pp. 65-102.
- 2002 «Asentamientos, conflicto y cambio social en el Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia)». *Revista Española de Antropología Americana*, n.º 32, pp. 179-205.

NIELSEN, A., J. CALCINA y B. QUISPE

- 2003 «Arqueología, turismo y comunidades originarias: una experiencia en Nor Lípez (Potosí, Bolivia)». *Chungara*, vol. 2, n.º 35, pp. 369-377.

PEARCE, D. G.

- 1994 «Alternative tourism: concepts, classifications, and questions». En V. L. Smith y W. R. Eadington (eds.). *Tourism alternatives*. Chichester (Inglaterra): John Wiley & Sons, pp. 15-30.

PRATS, L.

- 1997 *Antropología y patrimonio*. Barcelona: Ariel.

SANTANA, A.

1997 *Antropología y turismo. ¿Nuevas hordas, viejas culturas?* Barcelona: Ariel.

SMITH, V. L. (ed.)

1992 [1989] *Anfitriones e invitados: antropología del turismo*. Madrid: Endymion.

TURNER, L. y J. ASH

1991 [1975] *La horda dorada*. Madrid Endymion.

VALCUENDE DEL RÍO, J. M.

2003 «Algunas paradojas en torno a la vinculación entre patrimonio cultural y turismo». En V. Quintero y E. Hernández (coords.). *Antropología y patrimonio: investigación, documentación e intervención*. Cuadernos Técnicos del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico 7. Granada: Junta de Andalucía-Editorial Comares, pp. 96-109.